

El hombre de la mosca y del colchón. ("El Sol", Madrid, 10 febrero 1918).

EL HOMBRE DE LA MOSCA Y DEL COLCHÓN



¿Conocéis a esos dos hombres? Pues son los que han nacido para aislarse a los solitarios.

Elie Faure, en el ensayo que en su libro *Les constructeurs* dedica a Dostoyevski, dice de éste, el más grande apóstol del cristianismo ruso, esto: «Como tenía un alma inmensa, estaba solo y no podía aislarse. Se comprende, porque sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo.»

¡Estar solo y no poder aislarse, no poder hallar su isla! ¡Ser un Robinson sin isla! ¿Os dais cuenta de lo que es esto? ¿Os dais cuenta de lo que es ser de nacimiento y para toda la vida un cartujo exclaustrado?

«Sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo.» Sobre todo, el que sufre los martirios de los que no lo sufren; el que siente la joroba de su prójimo, que no la siente, que acaso no sabe que la tiene; aquel a quien le duele la tontería del tonto que no sabe que lo es.

El hombre de la mosca y el del colchón no se dan cuenta de la espantosa desventura de su vida, del terrible sino que les acompaña a la tumba.

El hombre de la mosca es aquel a quien se le ha antojado una cierta mosca que tiene una pintita blanca, roja, azul o dorada en el coselete, y que a cazar esa mosca lo pospone todo. La mosca puede ser una condecoración, un título, una senaduría, un sillón de académico, un ministerio... Siempre es una mosca de seis patitas y dos alas, y nada más. Y la mosca vuela de acá allá, posándose en un plato de miel o de leche, en una botiga o en un cadáver. Y su hombre, el hombre de la mosca, a cazarla. Y acaba por no ver más que la mosca. Se acerca al cadáver de su mejor amigo, de su padre mismo, de un hijo acaso, si sabe que sobre él se ha posado la mosca, para cazarla allí, y no para otra cosa. Y tal vez al ir a cazarla da una bofetada en el rostro helado del muerto venerando. Y encima se le escapa la mosca.

Llegan días trágicos, días en que un terremoto social sacude las entrañas del pueblo del hombre de la mosca, y un día le veréis a éste, no con el valor, sino con la impavidez de la inconciencia, deslizarse por la plaza o la

estancia en que los combatientes se matan, y pasando por entre charcos de sangre, ir a cazar su mosca, que vuela sobre la refriega. Acaso en un momento solemne interviene en la lucha y predica la paz y la concordia, pero es sólo para que le dejen un momento seguir a su mosca, a la que ahuyentan con sus agitaciones.

¿No conocéis el caso de aquel loco que coleccionaba los últimos autógrafos de hombres ilustres o notorios, y en cuanto sabía que uno de éstos se hallaba en trance de muerte le asediaba con los más ingeniosos inventos para arrancarle la última firma? Dícese que desplegaba en esto un talento colosal. Vivía para engordar su mosca, que era su colección de autógrafos fúnebres. Y sin llegar a eso, todo coleccionista, de autógrafos o de lo que sea, es hombre de mosca.

Y el dolor, el inmenso dolor, la pena desgarradora de ser el hombre de la mosca, no es éste, no es él mismo quien lo siente, sino el solitario que no puede aislarse y pasa a su lado. Figuraos que el hombre de la mosca, persiguiendo a ésta, que un momento se ha posado junto a vuestra oreja, os da una bofetada y os la da sin reparar en que estáis allí, sin el menor ánimo de ofenderos y dispuesto siempre a daros todo género de excusas y reparaciones. ¿No os dolerá ese bofetón en lo más entrañado del alma y como una puñalada a vuestra común humanidad? Porque no le sentiréis en vuestra mejilla, ¡no!; le sentiréis en el seno augusto de vuestra madre común, de vosotros y del hombre de la mosca, de la humanidad. Porque el hombre de la mosca, al abofetearos por ir a cazarla, no os abofetea a vosotros, no os ve siquiera, no ve a sus semejantes, si es que lo somos de él. La mosca le impide al hombre de ella ver a los hombres. Y esto os tiene que doler de él, que no ve a los hombres. Y es que el hombre de la mosca se ha convertido en otra mosca. No es más que una mosca más.

Y cuando, buscando un aislamiento en que nutrir vuestra soledad, huís de la mosca que es del hombre de la mosca, os encontráis con el hombre del colchón.

4

Requido en "de esto y de aquellos" t. 10 II





El hombre del colchón es el que se pasa la vida buscando un colchón, católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo, agnóstico o lo que sea, en que poder echar sus siestas lo más largas posibles. El hombre del colchón quiere seguridades que le ahorren quebraderos de cabeza; el hombre del colchón quiere tener donde dormir.

El hombre del colchón no concibe que busquéis un lecho duro y pedregoso, acaso con pinchos, sea católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo o agnóstico, en que descansar un momento en vuestra marcha, pero sin dormiros, porque teméis, en caso de que os coja el sueño, no volver a despertar de él. El hombre del colchón no comprende que viváis de inseguridades y de incertidumbre, y que el eterno más allá sea la meta de vuestro eterno viaje.

El hombre de la mosca no quiere echarse en el colchón, por cansado que se encuentre, cuando ve pasar a su adorado tormento, a su mosca de la pintita blanca, roja, azul o dorada; pero jamás se acostará en un pedregal a esperar el paso del vuelo de su mosca. Y el hombre del colchón jamás se moverá de él para ir a cazar el águila que le trae en sus ojos el misterio del sol; pero es posible que si al ir a echarse en su colchón ve la mosca posada en él, difiera un poco su acostamiento para cazarla. Y en todo caso, no se echará, sabiéndolo, sobre ella de modo que la aplaste. La cazará para dársela al hombre de la mosca. Y así como el hombre de la mosca se

convierte en mosca, así el hombre del colchón se convierte en colchón, en saco de lana.

El hombre de la mosca y el del colchón se entienden perfectamente entre sí, se hermanan y a las veces se completan. Y no pocas veces se funden en uno. Hay muchos hombres que son a las veces de mosca y de colchón. Y la íntima tragedia de estos hombres es tener que levantarse del colchón para ir a coger la mosca, a la que ven pasar mientras se desperezan de la modorra de una siesta y antes de entrar en otra, o pasar, rendidos de correr tras un vuelo de la mosca, junto a un colchón, de la clase que fuese.

Conocimos un hombre, a quien se le tenía por inquieto y ambicioso, que gustaba repetir el verso famoso de Vittorio Alfieri, en su tragedia *Saúl* (acto segundo, escena primera), aquel que dice:

*Bramo in pace far guerra, in guerra pace*

esto es: «anhelo en paz hacer guerra, en guerra, paz.» Al oírle tantas veces ese verso, que es toda una doctrina, le creímos algo; pero pronto supimos que su paz era echar la siesta sobre un colchón dogmático, y que su guerra era ir de caza de moscas. Y fué tal el dolor que nos causó este descubrimiento, que sentimos más que nunca la impotencia de aislar nuestra soledad. Nos figurábamos verle a aquel hombre muerto sobre su colchón, muerto desde siempre y para siempre, y con su mosca, muerta también, apañada en una mano. Y sin saber que estaba muerto ni sobre el colchón y con su mosca en la mano.

¿No habría medio de ahogar a las moscas bajo los colchones y de quemar después éstos? Y que los hombres vayan a las cumbres, descansando sobre rocas, a cazar águilas de las que llevan en los ojos el misterio del sol.

MIGUEL DE UNAMUNO

